A las afueras del mundo

Jesús Gil Vilda

DESTINO

A las afueras del mundo

Jesús Gil Vilda

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1332

© Jesús Gil Vilda, 2015

© Editorial Planeta, S. A. (2015)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2015

ISBN: 978-84-233-4949-4
Depósito legal: B. 9.285-2015
Impreso por Romanyà Valls, S. A.
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Hacía seis horas que Krzysztof Sobolewski había abandonado en mangas de camisa, con la corbata levemente desanudada, el interior del coche de alquiler para apoyarse en la barandilla del puente transbordador y pedirme un cigarrillo, muy educadamente, con un acento en inglés de origen difícil de adivinar. Ambos habíamos empezado a disolver nuestros pensamientos en aquellas aguas sobre las que viajábamos en una barquilla suspendida de unos cables fijados a un rectángulo que se deslizaba por unos travesaños apoyados sobre dos torres de acero, una a cada orilla de la desembocadura del río Tees. Tras varias caladas reposadas, todavía con el humo en los pulmones, como si fuera un asmático al que acabase de devolver la respiración, había fijado su vista en la mía para murmurar estas palabras:

—Mírenos, dos hombres de aproximadamente la misma edad, de una orilla a otra; dos desconocidos con poco en común, salvo, quizá, que ambos hemos sido felices y hemos amado; hemos sido desgraciados y hemos odiado.

Tras la última bocanada de humo, había lanzado el cigarrillo al aire de la mañana y ejerciendo un control absoluto sobre su cuerpo había pasado la pierna derecha sobre la barandilla y después la izquierda, para permanecer al otro lado mirando con indiferencia las aguas en las que en aquella época del año, aseguran, los salmones remontan la corriente.

Del instante mismo de su desaparición, recuerdo los cuatro dedos de su mano izquierda asidos a la barandilla. Imagino que su cuerpo quedó suspendido como un péndulo sobre la desembocadura mientras su voluntad suicida luchaba contra el instinto de supervivencia. Imagino que debió de contemplar las revueltas y contaminadas aguas bajo sus pies con la lujuria de un hambriento de muerte y debió de elevar la vista al cielo con la fe de un santo. Pero no me asomé para mediar en su lucha interior, ni después para verlo caer, cuando los dedos resbalaron dejando en el acero cuatro regueros de sudor que la brisa secó antes de haber alcanzado la otra orilla.

Solo nosotros dos habíamos subido a la *gondola* del puente transbordador; él al volante de un lujoso coche de petróleo, que había quedado abierto con las luces encendidas, y yo a pie. En lugar de gritar «¡hombre al agua!», entré en el coche y cerré la puerta.

Los jugos gástricos comenzaron a abrasar la boca del estómago y los latidos de mi corazón a retumbar como una pelota de tenis en el vientre de un contrabajo. Entonces una voz de mujer me sustrajo de aquellos síntomas: el navegador había quedado encendido con un destino convenientemente prefijado. Respiré aliviado cuando sentí el encaje de la plataforma al llegar a la otra orilla. El futuro resultaba tan sencillo como ponerme a las órdenes de aquella profeta vía satélite, dispuesta a ocuparse de mi porvenir.

Conforme el coche descendía mansamente hacia la otra orilla, comenzaron a sucederse las imágenes de la vida que dejaba apresada sobre la desembocadura del río Tees en pendular purgatorio: Lars y sus ojitos recién abiertos al mundo, Inghild y su nebulosa de sueños rotos, el vientre de la central nuclear que aquella mañana habría limpiado junto a los muchachos, los ecos de las aulas donde solía impartir clase, el olor del polvo sobre las revistas científicas y el aire tantas veces respirado. Me despedí de todo aquello en el preciso instante en el que el

puente de acero desapareció del espejo retrovisor, un instante veloz, atolondrado, como suelen serlo aquellos en los que sucede lo irreversible.

Los muchachos y yo habíamos pasado la noche en un Bed & Breakfast de Port Clearance, al otro lado del río Tees, un lugar con aspecto de estar, ya no a las afueras de Middlesbrough, sino del mundo. Al descender la noche anterior de la furgoneta de motor eléctrico, en la parcela contigua a nuestro albergue, nos encontramos con las ruinas de un pub llamado Queen's Head, clausurado después de un incendio, según nos contó el dueño del Bed & Breakfast, mientras escribía con dos dedos nuestros nombres y números de pasaporte en el teclado. Lo curioso del suceso parecía ser que no había sido aquel el primer incendio en el Queen's Head, sino que el mismo pirómano, al salir de la cárcel tras cumplir condena por un idéntico crimen anterior, lo había vuelto a quemar, esta vez con el matrimonio que lo regentaba dentro. Crimen pasional, afirmó. A nuestra pregunta sobre si en algún otro establecimiento del pueblo nos servirían unas cervezas antes de ir a dormir, el poco aseado gerente soltó una carcajada seguida de un «si piensan salir, les agradecería que abonasen la cuenta por adelantado».

Mi habitación estaba en el tercer piso, orientación noreste. Me asomé a la planicie cenagosa para intentar adivinar la ubicación de la central nuclear que al día siguiente nos estaría esperando con sus fauces abiertas, pero solo alcancé a ver los focos de los militares, unos haces cónicos que se proyectaban sobre la bóveda de nubes. No podía quitarme de la cabeza las bromas de los muchachos sobre las «microondas», parecidas a las de un grupo de alpinistas, en torno a una sopa caliente, contándose las veces que han estado a punto de morir. Intentaba distraer mis pensamientos. Sentí incluso el impulso de abrir un libro, pero, como ya venía siendo habitual, no llevaba ninguno

en la maleta. Durante aquel periodo de mi vida, al igual que para mucha gente, la lectura se había convertido en un refinamiento absurdo, abono para un espíritu que ya no encontraría tierra donde germinar.

En aquellos tiempos, solo los mendigos exhibían libros en lugares públicos, vagones de metro o trenes, ante la indiferencia del resto del pasaje. No había resultado necesaria la censura de los Estados ni de las grandes corporaciones; sencillamente la población había caído en una especie de infección muy contagiosa. En lugar de ensayos y novelas, proliferaban los microrrelatos, que solían deslizarse por las pantallas de los medios públicos de transporte en contraste con la afanosa lectura de los mendigos. Uno de aquellos escritores se llamaba Manfred Papadama. Siempre firmaba con un dibujo de su cara de perfil. Uno de sus relatos más famoso decía: «Los asesinos difundieron que Dios había muerto. Los ángeles mediaron para que Dios permaneciese oculto a cambio de recibir las oraciones de los asesinos por toda la eternidad. Después, los ángeles asesinaron a los asesinos y ya nadie supo que Dios seguía vivo».

En el cajón de la mesilla encontré una Biblia y una guía manoseada con fotos y algo de historia de la zona. Allí aprendí que Middlesbrough (de Port Clarence no contaba nada) había sido la segunda ciudad británica más bombardeada por la Luftwaffe durante la segunda guerra mundial y el segundo objetivo de los megatones soviéticos durante la guerra fría. Tales atenciones por parte de enemigos pretéritos se debían a su liderazgo industrial y minero durante siglos. Cuando a comienzos del siglo XXI la producción de petróleo había comenzado a declinar, la refinería y el polo químico se habían visto obligados a cerrar. Así las cosas, la central nuclear se había convertido en la gran esperanza de aquella deprimida zona.

Todo era cochambroso en aquel lugar. Todo había sido abandonado hacía tiempo, salvo el brillo de la carcasa de la pantalla del televisor, colgado de la pared. Apre-

té al azar un botón del mando a distancia y ante mi vista se sucedieron un buen número de combinaciones de glandes, vulvas perforadas por la bisutería, esfínteres, uñas pintadas de rojo y lenguas fuera de sus bocas, todo ello mal fotografiado y espantosamente vestido y maquillado. Aquella carne eréctil y aquellos orificios húmedos tampoco consiguieron captar mi atención durante mucho rato. No era la primera vez que nos asignaban la limpieza de la zona del reactor. Lo habíamos hecho ya en otras dos ocasiones, en Doel, cerca del puerto de Amberes, y en Bezneu, en el norte de Suiza. Pero sobre la nueva Hartlepool, en cuyo vientre ingresaríamos a la mañana siguiente, los muchachos llevaban varios días comentando las excesivas prisas del gobierno británico y el consorcio privado responsables de la ingeniería y de la construcción para ponerla en marcha. Los trabajos, finalizados un año antes, habían alimentado a más de tres mil familias durante seis años y solo después de que la central nuclear tuviera que ser detenida, en tres ocasiones, por motivos no del todo desvelados a la opinión pública, los vecinos habían empezado a desconfiar.

Yo, en otro tiempo, no muy lejano, pero sí muy distinto, enseñaba Física Cuántica en la Facultad de Ciencias a aquellos alumnos que se matriculaban en la materia, de dos a siete por trimestre. Cómo acabé convertido en técnico de mantenimiento de instalaciones nucleares es algo que debo a la empresa de capital riesgo que se hizo con la universidad.

Me había preparado para aquellas pruebas durante los dos meses que anduve desocupado tras la rescisión de mi contrato. Después de haber superado numerosas entrevistas y formularios de índole diversa, fui seleccionado para cubrir el puesto de jefe de cuadrilla, gracias principalmente a mi nivel de inglés, pues a nadie interesó el contenido de mi tesis doctoral ni de mis trabajos

posteriores de investigación —sobre piones, leptones y demás criaturas—: todos mostraron más interés en mi grado de convencimiento sobre los efectos perversos de la molécula de CO_2 y de la seguridad y el respeto por el medio ambiente de los nuevos reactores de fisión. Recuerdo con particular nitidez a una de aquellas entrevistadoras, de una carnalidad tan al alcance de la mano que daba la impresión de estar dispuesta a hacer el amor con todos y cada uno de nosotros, hombres y mujeres, con tal de alcanzar el sustrato más profundo de nuestra personalidad. Intentó desenmascararme con el tema de las «microondas» mientras se retiraba el pelo y sus pechos rebosaban el festón de un sujetador oscuro bajo una blusa clara. Vino a formular la pregunta de la siguiente manera:

—Y a usted, que acaba de tener un hijo, ¿no le preocupa la radiactividad?

—No más que este maldito calor.

—Sabrá, dada su formación, que la fisión nuclear constituye una energía limpia.

—¿Se refiere a que no emite CO_2?

—Y por tanto, limpia.

Inghild y yo estábamos pasando una mala racha. Ella también había perdido su empleo de traductora en una agencia de noticias; nos quedaban más de dos décadas de hipoteca por pagar e inopinadamente habíamos traído a Lars al mundo, un niño rotundo y alegre, en contraste con los tiempos que nos estaban tocando vivir.

Yo había aceptado la paternidad como un imperativo, pero nunca pensé que no llegaría a abrirse en mí un sentimiento que, según cuentan, se extiende como el cemento por los intersticios entre los demás bloques del carácter para fraguar una solidez nueva. Nada de aquello hallé dentro de mí cuando el pediatra puso a Lars en mis brazos, más morado que rosa, con una secreción en la

piel parecida al talco líquido, todo boca, todo manos y pies, y dijo: «tome, es suyo». Semejante vacío de sentimientos no es algo que un padre pueda confesar; ni tan siquiera a sí mismo. ¿Cómo se sentiría un herido al que amputan una extremidad que nunca ha tenido, un tercer brazo o una tercera pierna, y al día siguiente, a pesar de que su apariencia física es la misma, se siente convaleciente, febril, y aún peor, comienza a experimentar esas sensaciones fantasmagóricas que deja un miembro amputado, como si todavía estuviera en su sitio, aunque nunca haya estado, como una extremidad doblemente fantasma, porque no ha existido y porque, a pesar de ello, es igualmente añorada? Parecidas fueron mis sensaciones durante los primeros días de vida de Lars.

Con mi no-sentimiento pasé las dos primeras noches de hospital, repitiéndome una y otra vez que era todavía pronto para extraer conclusiones definitivas. Las primeras semanas transcurrieron en aquel estado de libertad autovigilada sin buscar explicación al fenómeno. Ya se sabe: en los primeros días no se dispone de mucho tiempo; de pronto, un ser que antes no existía tira de uno, día y noche, con el objeto de satisfacer sus tres necesidades elementales, en un alarde de incompetencia por parte de la naturaleza. En otros ámbitos, se puede simular una enfermedad para evadirse de ir un día al trabajo, están socialmente admitidas las excusas para librarse de celebraciones familiares, incluso un amante es aceptado en silencio por muchos cónyuges. Pero en el caso de los hijos, tiran de uno, día y noche, a golpe de llantina, sin escapatoria posible.

Durante las semanas posteriores al vacío de sentimientos, se fueron añadiendo ingredientes nuevos a la nostalgia de algo que nunca se ha tenido, la peor de todas, pues al estado taciturno de la añoranza se suma la duda razonable de si aquello no habría dado, de una puñetera vez, sentido a la existencia. Además, Inghild tenía que dividir sus atenciones entre dos seres en aparien-

cia desvalidos y, obviamente, se decantó por el que lo estaba de verdad. Ofrecía los pechos con determinación y una destreza que yo no esperaba de su carácter aniñado y veleidoso. Únicamente en aquellos instantes, cuando veía a la madre y al hijo unidos por aquel vínculo, aparentemente indestructible, me recorría una extraña perturbación, mezcla de la referida nostalgia y algo de envidia. Empecé a notar, casi permanentemente, su mirada; al principio escrutadora, después compasiva. Nunca preguntaba. Se limitaba a observar mis movimientos mecánicos mientras bañaba a Lars o le cambiaba el pañal. Aquella comprensión tácita por su parte, cuando ella siempre había sido muy amiga del «nunca hablamos de lo nuestro», me hacía sentir todavía más menguante ante sus agigantados afectos de madre.

Empecé a no encontrar la senda de regreso a casa por las tardes.

Daba todo género de explicaciones: una tutoría que se alarga más de lo previsto, reunión de departamento, corrección de exámenes, todas aquellas ocupaciones inanes pero revestidas de enorme importancia por un profesor cuya asignatura no servía para formar obreros cualificados. Cada tarde, después de que mis dos compañeros de despacho ya se hubieran ido, quedaba cautivo de la intrigante mirada del buscador de la red. Al principio, me decía a mí mismo que aquellos minutos de disipación eran los más idóneos para la exploración de nuevos artículos científicos. Pero muy pronto, mis búsquedas comenzaron a desviarse por otros vericuetos. A los pocos días, un mensaje del rectorado llamaba mi atención a causa de los contenidos «inadecuados que seguramente otra persona, haciendo uso de su clave personal, consume desde su estación de trabajo. Le recomendamos que cambie su clave personal». Tras aquella bochornosa reprimenda, terminé la tarde sentado en una cafetería, leyendo una y otra vez las mismas preguntas del examen para el día siguiente. Aquella escena se convirtió en ruti-

naria en las semanas posteriores. Permanecía en mesas o barras de bares fingiendo ser un hombre de negocios ocupado en las cláusulas de un contrato comercial o un escritor en árido diálogo con su cuaderno de espiral.

Era febrero, un mes particularmente lluvioso. Observaba toda aquella agua caer desde mi mesa, junto a un café caliente, y me entretenía especulando sobre lo que mis convecinos de bar pensarían de un hombre solo, enfrascado en una actividad aparentemente tan absorbente. Fue entonces cuando empecé a impostar miradas de éxtasis creativo y fatiga intelectual, que hallaron respuesta en algunas de las mujeres allí congregadas. No era extraño que fueran aquellas con pareja las más proclives al intercambio ocular, como queriendo decirme: «Me permito detener mi mirada en usted, durante este imperceptible segundo, para revelarle un deseo de aventura mucho más excitante que la consiguiente culminación, seguramente decepcionante, ya que, con la perspectiva que usted y yo tenemos de estos asuntos, ambos sabemos que terminaríamos siendo amantes tan predecibles como lo son actualmente nuestras respectivas parejas».

A mi regreso a casa, Inghild nunca estaba dispuesta. Su libido parecía haberse apagado y las relaciones sexuales, actos mecánicos. Después comprendí que no era el deseo lo que había perdido, sino el deseo de estar conmigo.

Con la llegada del buen tiempo, empezó el que terminaría siendo mi último trimestre en la universidad. Aunque la física cuántica no suele atraer la atención femenina, por algún motivo, aquel mes de abril una joven quiso sentarse en la primera fila de la pequeña y desgastada aula y, a partir de aquella clase inaugural, no saltarse ni una de mis tutorías telemáticas. Aquella muchacha habría pasado desapercibida en una clase de bioquímica molecular, pero en la mía logró excitar a toda aquella materia minúscula, constituida por mis alumnos y yo, a un nivel de energía superior. En aquella primera clase,

como en casi todas las primeras clases, intenté resultar ameno. Hablé de los problemas de Niels Bohr para expresarse en público, siempre con una mano tapándole la boca, y de su amistad con Werner Heisenberg, rota cuando este asumió la dirección del programa nuclear nazi. Hablé del drama interior de Max Planck, que viendo su famosa constante aplicada a las partículas en lugar de a la luz, sugiriendo de este modo la cuantificación de la materia, invirtió un buen número de años en intentar desestimar su propia teoría. Qué ingenuo, exclamé, si se hubiese fijado en la forma suprema de energía, que son los sentimientos, habría tenido que aceptar esa discontinuidad. Dije aquella estupidez mirando a la susodicha a los ojos. Aquella misma tarde me apresuré a asignarle hora de tutoría, a las seis, para asegurarme de que el despacho compartido hubiese quedado vacío.

El primer encuentro telemático transcurrió dentro de la normalidad. Pero, ya desde el segundo, los temas se alejaron de los estrictamente académicos. Descubrí que las relaciones de esa índole, ofrecen innumerables ventajas. En primer lugar, no importan los defectos físicos ni la indumentaria; no hay que haberse depilado ni afeitado antes; se ahorra perfume y maquillaje. Además, solo hacíamos uso de mensajes escritos, sin cámara, y por lo tanto disponíamos de tiempo casi ilimitado para elaborar cada una de nuestras respuestas. Algo que no sucede en una relación presencial o telefónica, donde una contestación a medias o unos reflejos lentos son penalizados instantáneamente. Recíprocamente, su demora en la respuesta, mientras observaba fijamente el espacio en blanco junto al cursor en la pantalla, aumentaba mi excitación. Nos resultaba indiferente el ciclo menstrual y si mi erección era o no tan robusta como describía por escrito.

En clase, su actitud difería en mucho de la desinhibición telemática. Atribuí aquel fenómeno al pudor inherente al encuentro físico. Vista, olfato y tacto requieren de su propio proceso. De aquel modo nos comportamos

durante las cuatro clases presenciales posteriores a nuestra primera consumación virtual; profesor en estado de gracia, alumna receptiva, curiosa, certera en sus preguntas, pero evasiva ante cualquier intento de aproximación.

Conviene aclarar un hecho que debería servir de atenuante para el espantoso ridículo que protagonicé a continuación. Una hora antes de la última clase de aquel trimestre, el decano de la facultad, un tipo de carácter viscoso y piel macilenta, me despidió en apenas quince minutos, habiéndome mirado a los ojos tan solo dos veces, al entrar y después al agradecerme los años de servicio, dieciséis, más los cuatro de tesis doctoral. Me pidió, eso sí, que cumpliese con mi deber hasta el último día, como así hice. Concluí mi última clase con mi habitual filípica contra la adoración tecnológica en detrimento de la ciencia verdadera. Fue ella, la alumna aventajada, la que se aproximó a despedirse. Yo le estreché la mano y le pedí que se quedase un rato más. ¿Para qué?, preguntó. Para comentar algunos aspectos de tu trabajo, respondí. Aceptó aquella invitación en el bar de la facultad. En mi defensa diré que yo nunca había intentado algo parecido; quiero pensar que por ética profesional, no por falta de ocasiones.

Su trato hacia mí resultó higiénico, en nada distinto al de cualquier otro alumno. Yo me quedé de golpe sin la elocuencia de un profesor veterano y ella sorprendida por las naderías sobre las supuestas deficiencias de su trabajo, por otro lado, excelente. Se puso en guardia. Pero cuanto más se alejaba ella de mí, más fogoso me volvía yo en mis objeciones. Ante sus claras señales, debería haber desistido. Sin embargo, cuando ya estaba claro que su único deseo era escapar huyendo de mí, mencioné nuestros encuentros virtuales y lo mucho que me habían reconfortado en aquel periodo tan difícil de mi vida familiar. Le solté, así, en crudo, la cárcel en que se había convertido mi matrimonio. No pareció incomodarse. De hecho, sonrió. Pero profesor, dijo, no habrá

pensado que... No, por supuesto, atajé para no dejarle continuar, solo quería llamarte la atención por un tipo de hábitos que no considero saludables. Una cosa son las ligerezas que se escriben en la red, añadió, y otra la vida real. Noté un dolor muy hondo, no sabría decir si físico, pero concluí mi parlamento hasta el final. Eres una alumna brillante; no tienes necesidad de andar haciendo estas cosas. Usted también es un profesor excelente, concluyó ella, y se marchó.

Aquella tarde regresé a casa antes de lo que llevaba siendo habitual desde el nacimiento de Lars. La encontré vacía. Madre e hijo habían salido a dar una vuelta por el parque. Rebuscando en la red di con la convocatoria de trabajo para técnicos de mantenimiento de instalaciones nucleares. «Se valorarán conocimientos de ingeniería nuclear», rezaba el texto.

El coche de Krzysztof Sobolewski se había detenido en mitad de la barquilla segundos antes de iniciar el recorrido levítico sobre la desembocadura del río Tees. ¿Qué hacía yo allí en lugar de estar con los muchachos siendo fotografiado y escaneado en la caseta de acceso a la central nuclear? Había echado a correr. Había corrido calle abajo hasta doblar una esquina y esconderme detrás de los muros derruidos del Queen's Head. Desde allí había observado a los muchachos llamar a mi teléfono móvil, que hallaron desconectado, subir a la habitación, que hallaron vacía, e interrogar al chico de la recepción, cuyo oído era insuficiente para entender el inglés rudimentario de mis colegas. Los vi llamar a varios números, seguramente los de las oficinas de la empresa, pero era demasiado temprano para que los parisinos respondieran al teléfono. Estuvieron deliberando durante unos minutos, discutiendo incluso, hasta que finalmente el más corpulento y cabal les ordenó entrar en la furgoneta y marchar hacia la central a cumplir con su obligación.

Aquella última mirada de Krzysztof Sobolewski me ha acompañado toda mi vida. En aquel tiempo tumultuoso, al igual que mucha otra gente, yo también me empeñaba en buscar señales en las casualidades, como la que supuso el parecido físico y la coincidencia en nombres. Yo me llamo Jesús, nombre común en mi país, y él, como me desveló tres horas después su pasaporte, Krzysztof, que significa *el portador de Cristo*. En la coincidencia de aquellos pequeños hitos buscaba una lógica causal; ejercicio disparatado, como he sabido después; pues Dios, el Dios que he conocido, no ha tejido un destino para cada uno de nosotros. Seguramente tal hallazgo empezó a fraguarse aquella mañana de comienzos de marzo, bajo un sol resuelto en comparación con las nubes titubeantes que lo acompañaban, cuando me enfrenté a la mirada de un hombre cuya muerte acaso evitó la mía.

A las órdenes del navegador conduje durante tres horas por las carreteras del centro de Inglaterra. Alarmado por el indicador del nivel de gasolina, me decidí a repostar en una de aquellas estaciones de servicio amuralladas. Tras detener el coche delante de la barrera de entrada, el guardia de seguridad solicitó mi nombre y lugar de residencia, así como la tarjeta que permitía entrar en aquellas ventas lujosas donde se reunían los vehículos de petróleo que todavía circulaban por las carreteras. Eché mano de la americana, que había permanecido todo el tiempo olvidada en el asiento del copiloto, bajo su atenta y susceptible mirada y, tras varios intentos —bolsillos interiores y exteriores—, di con la cartera y el pasaporte. Con el ángulo del ojo busqué algún dato que ofrecer a aquel fusil a sueldo de la distribuidora de productos del petróleo.

—Krzysz-tof-So-bo-lews-ki —dije, improvisando un acento extraño, pues en aquel preciso instante supe su nombre y su nacionalidad—: Polonia.

Mostré el pasaporte con determinación. Pero enseguida reparé en lo inadecuado de mi indumentaria: mono de trabajo de colores azul y naranja.

—Necesito cambiarme —me excusé— y asearme un poco. He estado supervisando los trabajos de la central de Hartlepool.

—La tarjeta, señor Sobolewski —replicó sin borrar la sospecha de su cara—. Necesitaré ver su tarjeta.

—Nunca sé dónde la he dejado. ¿Le importaría? —le ofrecí la cartera de mano.

Antes de tomarla, el membrudo hizo un gesto a un colega suyo que había estado examinando los bajos del coche con ayuda de un espejo. Al poco, dio con la tarjeta brillante que extrajo de la cartera y acercó al lector. La barrera se elevó y, mientras me dedicaba una sonrisa de bienvenida, el guardia hizo un gesto de normalidad al otro, que ya se había acercado con el cañón del fusil sobre su antebrazo.

—Le deseo una feliz estancia con nosotros —rubricó.

Conduje el hermoso coche lentamente entre los jardines y las fuentes bien cuidados. Pasé por delante de los muros medievales de un castillo cubierto de hiedra trepadora, en cuya parte trasera, para evitar romper la armonía del lugar, se ocultaban los surtidores de gasolina.

Un amable joven llenó el depósito y obtuvo el importe de aquella tarjeta de brillo metálico indefinido. En mi interpretación de Krzysztof Sobolewski, oriundo de Dantzig, también llamada Danzig o Gdansk, todo parecía fluir con naturalidad, o de aquel modo lo recuerdo ahora, pues en aquellos días primeros de mi nueva vida, no tenía la impresión de estar comportándome de manera extraña. Ponerme al volante de un coche huérfano y a las órdenes de un navegador no eran, en mi estado depresivo de entonces, acontecimientos extraordinarios.

Mientras esperaba, imaginé que era posible reconstruir la vida reciente de una persona, pieza a pieza, como un puzle en el tiempo, a partir de los mensajes enviados y recibidos en su teléfono móvil. Emprendí la búsqueda en el teléfono que encontré encendido en un bolsillo interior de la americana. Quedé abismado leyendo aque-

llos textos en varios idiomas, la mayoría comprensibles para mí, en inglés, otros descifrables solo a medias, en francés e italiano, y algunos totalmente incomprensibles, en alemán y una lengua centroeuropea que, de acuerdo con su pasaporte, debía de ser polaco. Nacimientos, bodas, extravíos de maletas en aeropuertos, defunciones, órdenes de compraventa de valores, felicitaciones de aniversarios, resultados de intervenciones quirúrgicas, buenos augurios para el año nuevo, cotizaciones bursátiles y numerosas enhorabuenas por la victoria de la selección polaca en el último mundial de fútbol. Recuerdo que, pese a mi entusiasmo inicial, no saqué mucho en claro de todo lo que encontré, en su mayoría de carácter personal y en buena medida insustancial. Era un teléfono rudimentario, con un sistema operativo muy reducido, lo cual arrojaba un indicio sobre la personalidad de aquel hombre: no era amante de los avances tecnológicos o bien no quería ponerle las cosas fáciles a un espía. Su buzón estaba ordenado y limpio. Recuerdo el más antiguo: «Salgo de casa. ¡Ha quedado preciosa!». Lo firmaba Réjane, la misma mujer que un par de meses antes de nuestro encuentro en el puente transbordador, escribiría: «No tengo nada más que añadir. Este es mi último mensaje». Era otra mujer, Lorraine, la que había escrito: «Cuando me viene el viaje a la cabeza, me pongo TAN contenta». Había otros de carácter más detectivesco: «Llámame, ya sé qué banco van a intervenir», ordenaba Peter Lloyd, a quien Sobolewski semanas después escribía: «Espero que no te haya sentado mal lo que te he dicho. Mi vida es un desastre. Siento mucha presión y necesito respirar».

Alguien golpeó la ventanilla del coche. Tras el sobresalto, pude ver un rostro de piel herrumbrosa, cuarteada por la intemperie y seguramente por las enfermedades mentales. Aplastó contra el vidrio un libro cuyo título no alcancé a leer, porque emprendió antes la huida entre los setos.